# LA HISTORIA MEDIEVAL EN ESPAÑA: UNA REFLEXIÓN A COMIENZOS DE SIGLO XXI

José Luis Corral Lafuente
Universidad de Zaragoza

**Resumen**

Saber historia sigue siendo una demanda de mucha gente, pero en el siglo XXI es necesaria otra forma de entender el pasado. En cuanto a la Edad Media en España, el medievalismo español de comienzos del siglo XXI es heredero del franquismo. La instrumentalización de la Historia del Medievo para fines políticos, antes falsificada por el Franquismo para justificar su dictadura, ha sido en los últimos treinta años tergiversada por algunos nacionalismos, también, y mucho, por el nacionalismo españolista, para certificar sus posiciones ideológicas. Es tiempo de que los historiadores vuelvan los ojos a la gente, a la verdadera protagonista de la historia, y a quien debe ir dirigida.

## 1. Historia, Poder y Medievalismo

Aunque los propios potenciales ejecutores se esfuerzan en negarlo, es evidente que no pocos tecnócratas de la política desean poner fecha de caducidad cuanto antes a las Humanidades, y especialmente a la Historia, o mejor, al estudio de la Historia. Y ello pese a que saber historia sigue siendo una demanda de mucha gente. Basta con un simple vistazo a los escaparates de la librerías o a los estantes de los quioscos para observar que los libros y las revistas historia están presentes de manera muy relevante. Es así porque en el siglo XIX la Historia dejó de ser patrimonio exclusivo de las clases dominantes para convertirse en una disciplina accesible e interesante para las clases populares. Por ello se desarrolló en torno a esta materia un enorme campo propicio a la controversia, el debate y la discusión.

La Historia interesa a la gente, pero ¿interesa a los historiadores, interesa a los poderes políticos?, y sobre todo, ¿están interesados el poder y los historiadores en que la gente sepa y acceda al conocimiento de la historia? ¿Y a qué historia?[1]

A la vista de muchos de los manuales utilizados en los niveles educativos preuniversitarios, resultan palmarias las escandalosas carencias que presentan. Claro que basta con escuchar a algunos gestores de la cosa pública o a determinados arrivistas metidos a contar y a interpretar el pasado para comprender que no son éstos precisamente los mejores tiempos para la Historia.

1. Peter Burke en una entrevista concedida a Maria Lúcia Garcia Pallares-Burke: "¿Para qué sirven los historiadores? Para mí existen para interpretar el pasado en el presente. Son un tipo de intérpretes, de traductores, de traductores culturales, como tú misma ya argumentaste en tu libro sobre recepción y circulación de ideas. Como otros traductores, ellos se enfrentan al dilema de ser fieles al texto, al pasado y, al mismo tiempo, inteligibles al lector del presente" (Garcia Pallarès-Burke, Maria Lúcia. *La nueva historia. Nueve entrevistas*. Valencia-Granada: Universitat de València-Universidad de Granada, 2005: 167-168).

Porque aunque parezca un sin sentido, continúan existiendo quienes sostienen que estudiar, investigar, escribir y publicar historia es una suerte de lujo exótico que no tiene lugar en una sociedad abocada irremediablemente al consumo y a la rentabilidad inmediata.

¿Historia, para qué?, se siguen preguntando muchos, incluso algunos de los que tienen capacidad para decidir sobre el futuro de su enseñanza. Curiosamente, cuando la Historia era patrimonio de la clase dirigente, cuando el poder unidireccional monopolizaba la autoridad política y la utilización de la Historia, cuando sus sicarios eran los únicos que podían publicar sus crónicas y anales, entonces sí era útil y conveniente. Pero desde que a fines del siglo XIX los que nunca habían tenido voz, los que habían sido silenciados de modo que sus lamentos apenas eran unos susurros del pasado, reivindicaron su papel y su lugar y se hicieron con un hueco entre las páginas de algunos libros, consiguiendo salir del olvido y del ostracismo al que habían sido relegados, la historia ya no ha sido vista de la misma manera por los poderosos. Esa nueva situación fue la que molestó hace siglo y medio y la que sigue molestando a las elites económicas y políticas, acostumbradas a no consentir ni sombras ni dudas sobre su papel y sus actos[2]. Tal vez porque en otros tiempos se llegó a considerar que "Todo historiador es un mentiroso"[3] y todavía hoy la palabra "historia" sigue siendo en el diccionario de la Real Academia Española sinónimo de "mentira".

Una historia de escaparate, una historia poco combativa, una historia de ficción a la carta se convierte en un instrumento de alineación política. Del "contar los hechos tal como fueron" de la historiografía positivista, axioma que por cierto en España todavía mantienen muchos, al "mostrar la Historia tal como fue", que todavía se proclama en algunos museos y exposiciones, no hay demasiada distancia. A comienzos del siglo XXI todo vale para justificar el presente, y si en ese presente se encuentran historiadores dispuestos a hacerlo recurriendo a la ficción del pasado, pues mucho mejor. Sólo así es posible entender que haya quien se atreva a calificar sin el menor rubor como "los primeros españoles" a los individuos cuyos cráneos se han hallado en los más antiguos niveles de los yacimientos burgaleses de la sierra de Atapuerca o quien defina a los layetanos como "los catalanes que habitaban en el barcelonés antes de la llegada de los romanos", entre otros muchos ejemplos de este estilo.

Por no decir que a fuerza de centenarios y celebraciones monárquicas teledirigidas podemos acabar considerando al canalla de Fernando VII como un gran estadista con extraordinaria visión de futuro o al imbécil coronado de Carlos IV como un excepcional hombre de Estado[4]; o a Isabel la Católica merecedora de figurar en los altares católicos entre santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz.

La historia, entendida en el sentido de narración de acontecimientos del pasado, ha sido usada como arma intelectual para justificar un determinado orden establecido[5]; por lo general, ha sido escrita por el mismo poder, al menos hasta el siglo XIX, y en consecuencia se han empleado argu-

2. Para una historia que escucha otras voces, ver por ejemplo: Guha, Ranahit. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica, 2002. Según Jim Sharpe fue Edward Thompson el introductor del concepto "historia desde abajo" en un artículo de 1966 con este mismo título (Sharpe, Jim. "Historia desde abajo", *Formas de hacer historia*, Peter Burke, ed. Madrid: Alianza Editorial, 2003: 39-58).

3. Locke, John. *Compendio del Ensayo sobre el entendimiento humano*. Madrid: Tecnos, 2002.

4. Así podemos apreciarlo en las celebraciones del II Centenario de la Guerra de Independencia.

5. "En tiempos pasados, la mayor parte de la historia se escribía para glorificar a los gobernantes y, tal vez, para que éstos la usaran en la práctica. De hecho, ciertos tipos de historia aún cumplen esta función" (Hobsbawm, Eric. *Sobre la Historia*. Barcelona: Crítica, 1998: 205 [Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1997]).

mentaciones similares para explicar acontecimientos ocurridos en épocas distintas, y se ha convertido en innumerables ocasiones en un formidable instrumento teórico de la justificación del poder[6].

Desde la primera mitad del siglo XIX se realizaron intentos por dotar a la Historia de una firme base filosófica; se produjo entonces una dicotomía que parecía insuperable: o se creía en una realidad metafísica a la que se podía acceder a través de la intuición, lo que conduciría indefectiblemente al subjetivismo y al relativismo, o se impulsaba el estudio exclusivo y meticuloso de lo particular e individual, renunciando a cualquier intento de generalizar o descubrir elementos comunes en los acontecimientos del pasado, lo que significaba reconocer que los historiadores no tenían nada que aportar al estudio científico del ser humano en general.

Los historiadores de principios del siglo XX tendieron a dejar de lado estos grandes temas epistemológicos y centraron sus preocupaciones en la delimitación concreta del terreno de la historia y en la reacción contra las prácticas académicas dominantes. La "recopilación exhaustiva de los hechos" y la "solidez del juicio histórico" en la interpretación de las pruebas documentales eran las virtudes esenciales del historiador que necesariamente habían de conducirle a conclusiones fructíferas; claro que por conclusiones fructíferas se entendía un "registro de verdades" válidas de manera definitiva, adquiridas gracias al conocimiento del pasado pero proyectadas también hacia el futuro. Estas pretensiones científicas se compaginaban mal tanto con el análisis lógico y metodológico como con los resultados prácticos de aquellos trabajos, frecuentemente carentes de visión de conjunto.

Tal vez no sea casual que haya sido un novelista quien ha presentado las cosas más claras sobre el trabajo del historiador: "Fue entonces cuando descubrí que muchos osados escritores de ficción habitan en el bosquecillo de Clío. (...) Con suerte, podríamos estar ahora a las puertas de una edad de oro para los historiadores que exima a los novelistas de volver a temas verdaderamente importantes..."[7].

Lo importante, claro. Porque existe una presunta "Historia científica" que suele rechazar todo aquello que se salga de lo que ahora se ha dado en denominar "La Academia". El rechazo se centra en denostar todo aquello que no se centre en la elección de un tema histórico aparentemente serio y analizarlo con una metodología adecuada; a eso lo llaman ahora "excelencia investigadora". Así, toda acción ajena a este entramado "oficialista" es desechada como poco formal.

Pero otra forma de entender el pasado, y de utilizarlo en el presente, es posible. La "historia profesional", basada en el conocimiento del método, el manejo formal de la bibliografía más reciente y un análisis "adecuado" y correcto de los fenómenos históricos no es suficiente. A algunos, ese tipo de hacer historia nos da la impresión de estar asistiendo a una práctica mecánica más de laboratorio. Frente al historiador prescindible e intrascendente que parece deslumbrarse ante la construcción de una "historia científica" pero tras el cual no hay nada, es preciso abogar por el historiador que se pregunta por los sentimientos que laten detrás de cada documento, por los intereses y la intencionalidad que esconden las crónicas escritas al dictado de los poderosos, por las ambiciones y la opresión de miles de seres humanos que subyacen en cada libro de cuentas o en cada balance empresarial, por el que se emociona ante el dibujo a barniz de una escudilla, por el

6. Son contundentes las observaciones que realiza Michael Parenti sobre los historiadores estadounidenses más críticos y que más cuestionan la muy manipulada historia oficial de su país (Parenti, Michael. *La Historia como misterio*. Hondarribia: Hiru, 2003: 168).

7. Vidal, Gore. *La edad de oro*. Barcelona: Mondadori, 2002: 475-477 (Vidal, Gore. *The Golden Age. A novel*. Nueva York: Doubleday, 2000: 466-467). El mismo Gore Vidal ha afirmado en sus impresionantes memorias que "yo era un novelista de una época en la cual la línea que dividía ficción y realidad era bastante tenue": Vidal, Gore. *Una memoria*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1999: 9 (Vidal, Gore. *Palimpsest. A Memoir*. Londres: Abacus, 1996: 3).

que reflexiona ante los deseos que habitaban tras los caracteres de los rostros de las monedas, por el que comprende qué miedos se encerraban en las argamasas y en las piedras de las murallas o por el que entiende qué esperanzas se habían forjado en la humilde fábrica de una azada de hierro[8].

Estas tesis están bien alejadas de las que plantea el "poder establecido", sea el que sea, el cual sólo pretende manipular los acontecimientos históricos. En las dictaduras la manipulación es burda y evidente, y los hechos se trastocan, ocultan, cambian y alteran sin cuidado alguno. En las democracias formales se reinterpretan con afanes partidistas hechos del pasado, convenientemente manipulados para condicionar o justificar situaciones del presente. Tan es así que algunos historiadores han planteado deseos de reconciliación que suelen conducir a posiciones conservadoras como ya le ocurriera a P. Burke cuando afirmó: "Creo que utilizar la historia como arma en la lucha política es contraproducente. Uno llega a creerse su propia propaganda, a dramatizar excesivamente el pasado y de ahí a olvidarse de la complejidad real de los problemas de cualquier momento. Uno llega a idealizar a su propio bando y a dividir los seres humanos en dos grupos, 'nosotros' y 'ellos'"[9].

En consecuencia, es necesaria una reflexión sosegada sobre el momento historiográfico que estamos atravesando. No son pocos quienes ven con muy buenos ojos la desideologización que se está produciendo en algunos historiadores, antaño comprometidos con el cambio social y ahora ajenos a todo lo que no sea un mero empirismo que en las ciencias sociales es tan perjudicial como falsario.

### *1.1 ¿Y en el medievalismo, qué?*

Para no ser menos que los grandes teóricos de la historiografía, en general muy próximos al estudio de la Historia Contemporánea, el mundo del medievalismo europeo intentó ofrecer una respuesta propia; y se sigue en ello. Historiadores tan "formales" como Jacques Heers[10] se han puesto manos a la obra para criticar el abandono de antiguos "temas estrella", el estereotipo de los modelos cronológicos (la inveterada manía de fijar el tiempo histórico como si se tratara de un producto de comercio) e incluso la imagen tópica y manida que se ha dado del Medievo.

Una importante ración de autoestima se ha extendido en los últimos años por el medievalismo europeo, y a la vez los medievalistas la han exportado a su época de estudio. De ahí que los historiadores estén poniendo tanto empeño en desmontar la imagen tradicional y folclorista de una Edad Media que a los ojos del neófito aparece como tenebrosa e inquisitorial. Y a esto no es ajeno, ni muchos menos, el viento dominante que surge de las nuevas ideas del poder político. Me refiero a los esfuerzos de un amplio sector por rescatar para el presente los "valores" tradicionales que hicieron posible Europa, y que sin la menor vergüenza intelectual identifican con la libertad, el libre pensamiento, la economía liberal, la moral y la ética cristianas. No es casual el esfuerzo de la iglesia Católica y de sus acólitos en parlamentos nacionales, organismos de la Unión Europea y universidades incluso para lograr que en la futura, si alguna vez es posible, Constitución Europea se destaque el cristianismo como un elemento fundamental en la construcción de Europa; y aunque se quiera introducir como un factor histórico, en realidad se trata de una opción de referencia política.

En este tiempo, la mayoría de los medievalistas propone un replanteamiento de los estudios sobre el Medievo en varias direcciones: se cuestiona el concepto de modernidad que se ha equi-

8. Corral Lafuente, José Luis. "Historia y ficción sobre la Edad Media". *Aragón en la Edad Media*, 18 (2004): 7-36.

9. Burke, Peter. "Historia popular o historia total", *Historia popular y teoría socialista*, Raphael Samuel, ed. Barcelona: Crítica, 1984: 76-77.

10. Sobre los tópicos del Medievo: Heers, Jacques. *La invención de la Edad Media*. Barcelona: Crítica, 1995.

parado con el auge del Renacimiento y como la superación de lo medieval; se reivindica la Edad Media como una época de desarrollo de la cultura y el arte; e incluso se reivindican ciertas prácticas económicas, tachadas desde siempre como "feudales", dotándolas de un cierto aire de modernidad. Hoy, la historiografía europea plantea una relectura de la Edad Media que se aleje de los condicionantes y prejuicios que durante siglos han convertido al Medievo en un periodo demasiado oscuro de nuestra historia.

La llamada "historia científica" no entendía, y creo que sigue ajena a ello, incluso lo rechazaba por ahistórico, que la vida de los hombres y mujeres del Medievo estaba llena de sentimientos, temores e ilusiones. Parapetada en la rancia idea de interpretar los hechos, un monotema repetitivo y recurrente, la historiografía tradicional de la Edad Media sigue atrincherada, como mucho, en la interpretación, evitando abrir nuevos enfoques más enriquecedores y sobre todo más dinámicos. Pero entre tanto, algunos presuntos "científicos de la historia" se afanan con todo tipo de recursos, y siguen haciéndolo, para manipular los hechos, inventar explicaciones adecuadas a sus ideas e incluso justificar acciones absolutamente condenables. La historiografía medieval europea rebosa de ejemplos al respecto[11].

El rearme ideológico de la Historia es absolutamente necesario para el medievalismo; sólo así podrá entenderse qué significó la Edad Media, cuáles fueron los movimientos sociales que en ella se produjeron y por qué mecanismos se rigieron, y cuáles son las huellas que el Medievo ha dejado en la sociedad actual, para así poder centrar en su justo término los acontecimientos y no caer en errores tan pueriles como se acostumbra. La crisis de la Historia no es sino la crisis de la historiografía conservadora, casi limitada, por lo que a algunos respecta, a combatir el marxismo hasta que sea posible expedir su certificado de defunción. Pero nuestro tiempo es necesario un nuevo marco en el que los historiadores puedan realizar su trabajo sin los condicionantes espurios que atenazan a la historiografía tradicional. Probablemente haya que renovar muchas cosas y se necesite reintroducir la Filosofía, las Ciencias Sociales afines e incluso la Psicología, pero seguirá siendo el valor que se dé a lo subjetivo lo que defina la dirección de una Historia renovada. Hace falta mayor libertad de pensamiento, mayor compromiso, mayor capacidad de análisis, mayor generosidad, y mucha más preparación científica y técnica. Y sobre todo es preciso evitar el desencanto, el conformismo y el acomodo ante fórmulas que no dejan de ser viejas, muy viejas, aunque se presenten como el último grito de la modernidad.

La situación política en Europa ha condicionado en los últimos años el tratamiento de estos aspectos. El apego vicario de algunos historiadores a determinadas formas de Estado, como la monarquía, los ha arrastrado a trasvasar sus querencias actuales a sus investigaciones históricas. Esto es especialmente notorio en algunos recientes textos sobre la monarquía medieval castellana, sobre los reyes de Aragón o incluso sobre las coronas francesa e inglesa. Es decir, ficción presentada con argumentos "científicos" que se postulan como históricos cuando se trata de puro presentismo[12].

11. Litlle, Lester K; Rosenwein, Barbara, eds. *La Edad Media a debate*. Tres Cantos: Akal, 2003; Genet, Jean Philippe, ed. *L'historiographie médiévale en Europe: actes du colloque organisé par la Fondation européenne de la Science du 29 mars au 1er avril 1989*. Paris: Éditions du CNRS, 1991.

12. Corral Lafuente, José Luis. "Historia y ficción sobre la Edad Media"...: 7-36.

## 2. La Historia Medieval y "España"

Afirmar que el medievalismo español de comienzos del siglo XXI es heredero del Franquismo puede sonar demasiado fuerte, especialmente si se dice en voz alta y en una tribuna pública, pero no deja de ser cierto. Basta repasar la historiografía del último medio siglo para observar que apenas existe cesura alguna entre 1975 y 1985, por ejemplo; o la formación de una generación entera de medievalistas que no tuvo otro remedio que asistir paciente a la imposición de la jerarquía acrítica y aleatoria propia del Régimen.

La mediatización a que la ideología franquista sometió a la historiografía y el control político del acceso a los puestos docentes universitarios y a los centros de investigación han sido lacras enormes cuyas prácticas repetitivas siguen vigentes en algunos casos. Y la herencia no consiste sólo en la continuación de algunas de esas prácticas viciadas, sino también en la respuesta que la historiografía nacionalista ha dado desde posiciones irreductibles, bien alimentadas por el poder autonómico.

La instrumentalización de la Historia para fines políticos, antes falsificada por el Franquismo para justificar su dictadura, ha sido en los últimos treinta años tergiversada por algunos nacionalismos, también, y mucho, por el nacionalismo españolista, para certificar sus posiciones ideológicas y sus propios intereses. Una vez más, los ciudadanos han quedado al margen de su propia historia; la demanda de "veracidad" y de saber "lo que realmente pasó" ha contribuido a que muchos de estos ciudadanos con ansia de saber y ganas de encontrar nuevos marcos de pensamiento busquen una parte de la respuesta a sus inquietudes en otras experiencias narrativas.

En la dictadura franquista la postura oficial era en consecuencia la del partido único, sin ninguna crítica histórica ni valoraciones que se salieran del marco impuesto. Sólo algunas tentativas aisladas pugnaban por romper el monopolio asfixiante de la historiografía del régimen, sujeta a dogmas y postulados absolutamente desfasados, cuando no ajenos a la realidad histórica de España[13].

En la paranoia del Régimen, la Edad Media en la Península había sido una época muy perjudicial para el país —España, claro—, debido a la "desunión" de sus tierras y sus gentes; y es que los ideales de la "patria común e indivisible de todos los españoles" eran valores eternos, pero no sólo proyectados hacia la eternidad en el futuro, sino también hacia el pasado, hacia la historia. El medievalismo español de aquellos años no hizo mucho, más bien nada, por desmontar esa aberración histórica.

Se trataba de hacer de España un *continuum* desde Atapuerca hasta el siglo XX, con algunos paréntesis en los cuales la "unidad nacional" habría sido rota por fuerzas ajenas a lo español, como el imperio Romano o los musulmanes. Un ejemplo palmario de esta aberración es la conferencia que pronunció el ya expresidente del Gobierno, José María Aznar, el 21 de septiembre de 2004 en la universidad jesuita de Georgetown, en Washington. Este político, convertido en improvisado historiador, sin duda asesorado por especuladores de la nada, llegó a decir cosas como ésta: "el problema que España tiene con al-Qaeda y con el terrorismo islámico no tiene su origen en la crisis de Irak. De hecho, no fue a causa de las decisiones del Gobierno. Habría que remontarse 1.300 años atrás, al siglo VIII, cuando España acababa de ser invadida por los moros para ser convertida en una pieza más del mundo islámico, y así comenzó una larga batalla para recuperar la identidad. El proceso de la Reconquista fue muy largo, alrededor de 800 años. Afortunadamente, terminó con éxito"[14].

13. Pérez Garzón, Juan Sisinio. *La gestión de la memoria: la Historia de España al servicio del poder*. Barcelona: Crítica, 2000.

14. Aznar, José María. "Siete tesis en el terrorismo de hoy-Estracto-". *Absurda revolución*. 21 de septiembre de 2004. 10 de junio de 2007 <http://absurda_revolucion.blogia.com/2004/092702-siete-tesis-sobre-el-terrorismo-actual-extracto-.php>.

Asertos como éstos, muy repetidos a lo largo de nuestra historiografía, se basan en la mitología creada en las crónicas leonesas y castellanas escritas a partir de fines del siglo IX, en las cuales se inventaron, o en ciertos casos se magnificaron hazañas guerreras que fueron convertidas en mitos fundacionales de reinos, en los cuales no suele faltar la intervención divina; es decir: "Se construye («la propaganda negra») sobre la falsificación de ciertas verdades propias considerándolas elementos introducidos por el enemigo. Si el público no admite tal posibilidad, entonces la explicación recurre al azar, el destino o la voluntad del Todopoderoso[15].

A partir de ahí arrancó toda una corriente historiográfica que ha contaminado la historia peninsular de un barniz nacionalista que se ha extendido a todos los ámbitos. Señalaba más arriba que todo poder utiliza la historia en su beneficio, manipulándola cuando lo necesita, pero esa manipulación se convierte en verdadera paranoia cuando el poder está trufado de un sentimiento nacionalista, o nacional, eterno y ahistórico, que se acentúa mucho en el caso de las dictaduras: "En los regímenes con fuerte carga nacionalista, la historia ha sido manipulada haciéndola coincidir con los intereses de aquellas ideologías que se desean inculcar a las poblaciones de un determinado territorio. Esta desvirtuación llega a su culminación en los regímenes dictatoriales: cuando el poder es absoluto, la manipulación tiende a ser absoluta"[16].

La "Historia de España" ha sufrido mucho a causa del nacionalismo, sea el llamado "periférico" o el nacionalismo "centralista", lo que ha provocado una serie de contradicciones tan evidentes como ésta: "Sólo puede hablarse de una historia de España cuando los diversos pueblos que la forman comienzan a ser percibidos desde el exterior como una unidad. Mucho después llegará la asunción de ese mismo sentido de unidad por los propios hispanos (...).La unidad de España, prefigurada ya en la diócesis romana de Hispania, se realizó, aunque fuera en condiciones precarias, en el reino visigodo". Pero a la vez, también se asegura que "Al morir Isabel la Católica se produjo una grave crisis institucional, puesto que entre Castilla y Aragón no existía más que una unión personal"[17].

### *2.1 ¿Unidad nacional o unión personal? ¿Con qué nos quedamos?*

En los últimos años, y debido al presentismo que sigue condicionando la historiografía, los planteamientos del "hecho nacional" español han dado un vuelco radical. Con la etapa democrática iniciada hace tres décadas y la reivindicación de las autonomías, la Edad Media hispana ha disfrutado de un reconocimiento inesperado. Convertida en época generatriz de algunas de las actuales nacionalidades españolas, la valoración del Medievo hispano ha cambiado sustancialmente; ya no es un tiempo de desunión y de reyertas entre territorios españoles, sino el momento originario de las nacionalidades actuales. El nuevo prestigio de la Edad Media pasa incluso por la recuperación de nombres de instituciones que surgieron en ese periodo como elementos diferenciales de hechos nacionales concretos.

Los ejemplos son abrumadores, pero baste citar los fastos que se celebraron en Cataluña en 1989 para celebrar un pretendido "milenario de la nación catalana", sentando sus orígenes en el año 989, precisamente en plena Edad Media, o en otro sentido, la fijación de la inventada batalla

15. Torres, Margarita. "La propaganda del poder y sus técnicas en las crónicas leonesas y castellanas (siglos IX-XIII)". *Aragón en la Edad Media*, 18 (2004): 75.

16. Abós Santabárbara, Ángel Luis. *La historia que nos enseñaron (1937-1975)*. Madrid: Foca, 2003: 7.

17. Domínguez Ortiz, Antonio. *España, tres milenios de historia*. Madrid: Marcial Pons, 2001: 13, 71, 121.

de Covadonga como origen de la moderna nación española. Y aunque parecía que semejante manipulación iba a remitir con el paso del tiempo democrático, las cosas no sólo no se han calmado sino que en algunos casos han ido a más. Desde algunos gobiernos autonómicos se ha apoyado una historiografía "nacional" que ha contemplado el territorio autonómico de fines del siglo XX como si se tratara de un espacio existente tal cual desde el principio de la civilización, y de ahí expresiones como "Cataluña ya existía antes de la llegada de los romanos", "El hecho nacional vasco es anterior a la Edad Media", etc. Los mismos errores de quienes celebran expresiones como "los españoles de Atapuerca", refiriéndose a los primeros pobladores de la Península, o "los reinos de España en el Medievo".

Si hasta hace tres o cuatro décadas la Historia de España era por definición "la historia nacional", en los últimos años, y a pesar de que no faltan quienes siguen guardando las más rancias esencias, nos encontramos con una historia fragmentada a partir de las "fronteras" y límites que se establecen desde el presente. Esta situación es heredera de la dictadura del Franquismo, que impuso un academicismo formalista y controlador, y unos modos estereotipados y rígidos que sobreviven en no pocos residuos y camarillas en universidades y centros de investigación. Son maneras de actuar que han lastrado, y seguirán lastrando por algún tiempo, la historiografía española.

No obstante, y pese a algunas enquistadas situaciones, el progreso de la historiografía medieval en España ha sido notable en los últimos años. Es verdad que seguimos sin superar el rígido corsé del descriptivismo, y no lo es menos que no se cuidan demasiado las formas de expresión ni la manera de llegar a un público más amplio que el académico, tan reducido a veces, y que se sigue premiando la fidelidad y la sumisión a la novedad y a la brillantez, pero algo se ha ganado, aunque seguimos dependiendo, y de qué manera, de modelos externos, a veces trasplantados sin la menor crítica ni las necesarias correcciones para la adaptación a este ámbito.

Sigue pesando mucho la formación franquista, aquélla en la que casi nadie reconocía al maestro del que se aprendía, sino al jefe que te colocaba, y muy pocos al discípulo al que se le enseñaba para que superara la labor del profesor, sino al peón de brega fiel y sumiso. En la historiografía, esta cuestión se reflejada en afirmaciones como ésta: "El 2 de enero de 1492 Fernando e Isabel tomaron posesión de la Alhambra... Era el fin de la Reconquista, al cumplirse setecientos ochenta años, como recordaban Fernando e Isabel en una carta a la ciudad de Sevilla. Ahora el matrimonio de los Reyes Católicos aparecía como una culminación para la heroica empresa que permitía restaurar la España 'perdida' del siglo VIII"[18]. Y no es preciso recordar que buena parte del medievalismo español procede de esta escuela.

### 3. ¿El futuro previsible?

Y cuando parecía que la situación iba a cambiar, para mejorar, se supone, resulta que la historiografía conservadora, disfrazada de modernismo, vuelve a la carga. Ahora no lo la hace como antaño, censurando de manera soez la crítica y la disidencia intelectual, la historiografía conservadora regresa controlando los resortes de la universidad y cercenado planes de estudios adecuados al progreso de la historia y al interés del alumnado; y lo que es peor, volviendo a intentar que la

18. Suárez Fernández, Luis. *Historia de España. VII. Los trastámaras y los Reyes Católicos*, Ángel Montenegro Duque, coord. Madrid: Gredos, 1985: 276.

gente quede al margen de la historia, como si el historiador fuera un chamán encargado de velar por los arcanos más sagrados.

En un mundo tan cambiante, tan condicionado a modelos impuestos, tan poco dado a la crítica y tan superficial y vano, la Historia tiene poco espacio para moverse. Claro que siempre habrá un resquicio para respirar, a pesar de que la trampa de la superespecialización, en la cual caen no pocos, siempre está preparada para que la juventud que se acerca al oficio de historiador sea rápidamente desideologizada, integrada en un sistema absurdo y condenada a no reflexionar sobre el verdadero sentido de la Historia: la comprensión de los seres humanos y de sus manifestaciones: un verdadero vivero para la mediocridad.

Claro que esta cosas importan poco, pues aunque pueda parecer increíble, todavía hay quien defiende que para hacerse historiador siguen vigentes postulados inanes para la enseñanza de la Historia Medieval, que ya nacieron viejos, como los siguientes: "La participación activa en la labor de programación de todo el equipo de profesores integrado en el Departamento... Unos claros planteamientos epistemológicos de la disciplina... En relación con lo anterior, una clara expresión de los fines y objetivos específicos perseguidos en el área de conocimientos de que se trate —en nuestro caso la Historia Medieval—, contemplándolos dentro del marco más amplio de los objetivos generales del proceso de enseñanza en que esos conocimientos se integran. Adecuación de los contenidos de la enseñanza al nivel en que se imparta, a las limitaciones temporales del curso académico y las disponibilidades del Departamento en profesorado cualificado y en medios auxiliares de trabajo. Una clara percepción de las vertientes que ofrece la enseñanza universitaria, ya que esta oferta se dirige no exclusivamente a futuros especialistas sino a un alumnado que, en buena medida, enderezará su rumbo profesional por la enseñanza media. Flexibilidad en la concepción y desarrollo de los programas e incorporación de las técnicas de evaluación que en cada caso se presenten como más adecuadas para apreciar el rendimiento de los alumnos a lo largo del proceso académico. Es deseable que la programación se materialice, al comienzo de cada curso académico, en una guía orientadora para el estudiante"[19].

Algo más frío, más alejado de una concepción apasionada y viva, participativa, crítica e ilusionante de la enseñanza de la Historia parece difícil.

La historia debe explicarse como lo que es: vida[20]. Y como tal, será aceptada por la mayoría cuando sea apasionada y transmita pasión por vivir[21].

Por eso, si se sigue explicando una lección de historia con criterios como los siguientes, "La lección magistral... debe trazar una síntesis clara del estado del tema en el momento de la exposición, señalar las ideas clave, la bibliografía más adecuada, sin atiborrar a los alumnos con listas de obras innecesarias, y las fuentes esenciales. De cada tema importante debe indicarse el estado del mismo, señalando los conocimientos más seguros, los problemas, las orientaciones que sigue la investigación, en tanto le sea posible. A esta lección, es necesario interrumpirla a veces con el diálogo de los discípulos, conseguir que ellos hagan su propia exposición, mediante comentarios

19. Ruiz de la Peña, José Ignacio. *Introducción al estudio de la Edad Media*. Madrid: Siglo XXI, 1984: 148-149.

20. Aróstegui, Julio. *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial, 2004.

21. Las formas de apasionarse con la historia son diversas: Jacques Le Goff lo hizo leyendo "los textos narrativos, cargados de fuerza y expresividad dramática" de la novela *Ivanhoe* de Walter Scott (Le Goff, Jacques. *En busca de la Edad Media*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2003: 17); Eric Hobsbawn leyendo a Carlos Marx, que le hizo ver que "la historia es una herramienta sin la cual no podemos comprender nada de lo que sucede en el mundo" (Hobsbawm, Eric. *Entrevista sobre el siglo XXI*. Barcelona: Crítica, 2000: 18).

personales o ampliación de aspectos concretos que se les encomienden; su objeto es acostumbrarlos a hablar en público. Pero su labor será matizada, corregida, ampliada por el propio profesor"[22]. Así no avanzaremos demasiado.

Continúa faltando reflexión y se sigue echando en falta la pasión por el oficio de historiador. La aproximación a la historia sigue siendo demasiado aséptica, aunque en ocasiones, como se está haciendo en algunos centros de interpretación, se suele rayar el ridículo. La historia interesa a la gente, pero si el historiador profesional se olvida de ello y sigue "a lo suyo", no dejará de lamentar que esa misma gente huya de la historia. Y espero que no sea eso lo que se pretenda.

Pero no es sólo el fondo lo que importa. El historiador sólo tiene un recurso para transmitir lo que desea expresar: su palabra. En medio mundo hace ya tiempo que los historiadores han encontrado formas expresivas que hacen posible el acceso a la disciplina histórica de buena parte de la población porque es un factor decisivo para que el trabajo del historiador sirva para algo. Pero en los lares peninsulares esta obviedad sigue siendo contemplada con recelo, aunque cada vez menos, es cierto[23].

Es preciso, es un deber, acerca la historia a la gente. Y para ello, el historiador debe cuidar la manera de llegar al público, de expresarse, de escribir. Porque no se aprecia lo que no se entiende, y porque si la mayoría no lo entiende es que se ha explicado mal, muy mal. Y si lo entiende y le aburre, mucho peor.

Ya es tiempo de que los historiadores vuelvan los ojos a la gente, a la verdadera protagonista de la historia, y a quien debe ir dirigida. Algunos historiadores ya se ha dado cuenta del tremendo error cometido: "Parte del creciente crecimiento explosivo de la historia, que yo empecé por celebrar, ha sido en el gusto y la demanda popular, a los cuales los historiadores profesionales han contribuido poco y apenas han respondido en absoluto"[24]. Esta falta de responsabilidad y esta dejadez de los historiadores ya la había criticado antes Gore Vidal, que atisba una vuelta de los historiadores a lo importante[25].

Nuevas voces se han añadido a esta reivindicación[26], incluso con una autocrítica muy constructiva: "La memoria colectiva está directamente imbricada en el presente. Constituye el presupuesto 'natural' que simboliza la cohesión social de los miembros de un grupo, legitima instituciones o relaciones de autoridad e inculca creencias, sistemas de valores o convicciones e conducta... La sociedad reclama del historiador su memoria colectiva"[27].

Veremos si la mayoría sigue el ejemplo o continúa esta inanidad que nos preside.

---

22. Torres Delgado, Cristóbal. *Introducción al estudio de la Historia Medieval: guía para estudiantes*. Granada: Universidad de Granada, 1977: 100.

23. "La historia, con la posible excepción de la literatura, es la más verbal de las materias, en oposición a los contenidos cuantitativos que se enseñan en la escuela. Esto permite que los alumnos desarrollen aptitudes de razonamiento tales como la argumentación" (Carretero, Mario; Voss, James F. *Aprender y pensar la historia*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu editores, 2004: 14).

24. Fernández Armesto, Felipe. "¿Qué es la historia ahora?", *¿Qué es la historia ahora?*, David Cannadine, ed. Granada: Universidad de Granada-Almed, 2005: 280.

25. "... vemos ahora furtivos signos de recuperación entre los historiadores académicos más jóvenes (...). Con suerte podríamos estar ahora a las puertas de una edad de oro para los historiadores que exima a los novelistas de volver a los temas verdaderamente importantes" (Vidal, Gore. *La edad de oro*...: 477; Vidal, Gore. *The Golden Age*...: 467).

26. Corral, José Luis. *Escribir historia... e imaginarla*. Barcelona: EDHASA, 2001.

27. Mudrovcic, María Inés. *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*. Tres Cantos: Akal, 2005: 93.